

Antonio José Ponte

Un arte de hacer ruinas

Y OTROS CUENTOS

PRÓLOGO, BIBLIOGRAFÍA Y NOTAS DE
ESTHER WHITFIELD



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Índice

PRÓLOGO 9

CRONOLOGÍA 31

TEMAS DE INVESTIGACIÓN 35

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA 37

CUENTOS DE TODAS PARTES DEL IMPERIO

Prólogo: Rogación de cabeza por Scherezada 41

Las lágrimas en el congrí 43

Por hombres 50

Un arte de hacer ruinas 56

A petición de Ochún 74

El verano en una barbería 88

Epílogo: Rogación de cabeza por Mazarino 105

CORAZÓN DE SKITALIETZ

Viniendo 109

En el frío del Malecón 125

Una tirada del libro de los cambios 128

Estación H 133

Esta vida 145

Corazón de skitalietz 156

Prólogo

ANTONIO JOSÉ PONTE es un escritor cubano cuyo camino ha tomado giros idiosincrásicos —uno de éstos hacia un título en ingeniería hidráulica—, pero que de otras maneras ha sido el típico de aquellos nacidos después de la revolución socialista de 1959. Sin embargo, aunque Ponte ha residido toda su vida en Cuba, su ficción narrativa se relaciona sólo tenuemente con la de adentro. Se ha editado poco de ésta en Cuba, y aún menor ha sido la atención crítica en periódicos, publicaciones e instituciones nacionales. De hecho, la narrativa es en sí misma casi atópica, cautelosamente distanciada del proyecto social utópico bajo cuya sombra está escrita, pero aun así, extrañamente enraizada en una Habana perseguida por su pasado y presente. Mientras que al mismo tiempo intensamente locales, los cuentos reunidos en *Un arte de hacer ruinas* atañen más allá de los límites de la nación tanto en sus manifestaciones políticas como físicas: son, como dice el título de la primera colección aquí incluida, “Cuentos de todas partes del Imperio”. ¿Pero qué es y en dónde se encuentra este imperio cubano cuyos vastos territorios incluyen una carnicería del Barrio Chino, un baño de mujeres en un aeropuerto y una extraña ciudad bajo tierra? ¿Y qué relación tiene con el Malecón de La Habana la icónica vía que presta

su nombre tanto a un relato como a la primera traducción en inglés de la segunda colección, *Corazón de skitalietz (In the Cold of the Malecón)?* Estas cuestiones de lugar, las cuales se convierten rápidamente en cuestiones de tiempo, son insistentes en los cuentos de Ponte, más aún porque parecen negar cualquier posibilidad de detenerlas.

Para comenzar a leer el trabajo de Ponte, podríamos volver la mirada a un tiempo y espacio específicos: los de su nacimiento, en 1964, en Matanzas, un puerto al este de La Habana donde, como el propio autor ha expresado, el tiempo parecía haberse detenido. Centro históricamente importante de la cultura de élite y popular —de la riqueza azucarera y de la actividad religiosa afrocubana—, para los sesenta la gloria de Matanzas es algo ya desvanecido desde tiempo atrás, y vivir la adolescencia mientras la ciudad vivía su decadencia ha marcado la obra de Ponte. De niño escribió poesía y cuentos, y a los quince años se mudó a La Habana, la cual se convertirá en la ciudad más tangible presente en sus relatos y cuya arquitectura colonial en desmoronamiento inspirará sus meditaciones sobre las ruinas. Ahí escogió ingeniería en ausencia de una carrera universitaria enfocada a la escritura, y asimismo, para evitar las represiones de una ruta filológica.¹ No obstante, ser un escritor en Cuba durante este periodo representaba navegar un mundo literario bastante institucionalizado, cuyo dominio incluía la unión de escritores (UNEAC), publicaciones literarias influyentes, editoriales del gobierno

1. “Me he preguntado muchas veces por qué elegí especialmente la hidráulica, y no encuentro respuesta. Puedo, sí, contestar a la pregunta de por qué estudié una ingeniería. Las humanidades, en la década de los ochenta y en las universidades cubanas, estaban plagadas (no han dejado de estarlo, pero ya en menor medida) de prohibiciones, censuras e inversiones de jerarquías.” Entrevista con Liliane Hasson, “Conversation à la Havane”. *Europe* (París): junio-julio, 2001, 866-867.

y una red de programas educativos. Dos décadas antes, en abril de 1961, Fidel Castro había afirmado el arte para la revolución en un, ahora infame, discurso conocido como “Palabras a los intelectuales”. Después de la invasión de Bahía de Cochinos y la puesta al aire del debatido cortometraje *P.M.*, el líder cubano había establecido una política cultural cuyos efectos se pueden sentir hasta la fecha.² Entre éstos figuraban los talleres literarios, grupos de creación literaria conducidos en municipios alrededor del país. Eran dirigidos por autores experimentados cuyo compromiso con la causa revolucionaria era generalmente claro, y quienes legaron a sus estudiantes un estilo preciso de escritura y, a menudo, una sed voraz de lecturas externas al canon prescrito. A mediados de los ochenta Ponte participó en uno de estos talleres, el del municipio de La Habana Vieja.

Cuando Ponte comenzó a compartir su obra a mediados de los ochenta, la vida literaria de La Habana, aunque contenida dentro de sus límites nacionales, era activa. Los años difíciles de la década de los setenta —el “quinquenio gris”, que de hecho excedió los cinco años comprendidos entre 1971 y 1976— terminaban, y tanto jóvenes artistas e intelectuales que se comprometieron con el proceso revolucionario como quienes lo criticaron abrían paso a nuevos y visibles espacios públicos para el arte.³ Aunque las intervenciones de los artistas plásticos sean las más memorables, el mundo literario también se sostuvo por un grupo emergente de jóvenes escritores, por la proliferación de foros públicos para la lectura y presentación de trabajos propios, y por una activa industria doméstica editorial. Sin embargo, poca literatura cubana fue

2. Véase Desiderio Navarro, “In Medias Res Publicas: On Intellectuals and Social Criticism in the Cuban Public Sphere”. *Nepantla: Views from South* 2.2 (2001), 355-371. 3. *Ibid.*, 359-360.

publicada fuera de la isla, y el alcance extraterritorial de las letras cubanas fue en gran parte mediado por la Casa de las Américas, centro cultural y casa editorial establecido en el eufórico primer año de la revolución, y que todavía mantenía sus vínculos con escritores y académicos de la izquierda internacional.⁴ Pero tampoco este mundo existía sin sus tensiones y hacia finales de los ochenta el diámetro de la esfera pública comenzaba ya a reducirse.

El mundo literario cambiaría dramáticamente con el comienzo de lo que se llegaría a conocer como el “periodo especial en tiempos de paz”. Después del colapso de la Unión Soviética y de la pérdida de Cuba de su privilegiada relación comercial con los países del Bloque del Este, la economía cubana se hundió en una crisis. El panorama social y cultural se alteró profundamente conforme, en el curso de la siguiente década, Cuba invita a la inversión a países capitalistas en una escala nunca vista durante la revolución. Los primeros años de este periodo fueron los más difíciles para toda la población y, específicamente, para la literatura. Una crisis de papel, junto con apagones frecuentes y la partida de técnicos de impresión, paralizó la industria editorial de manera que, entre 1990 y 1994, muy pocos libros se publicaron. Los nuevos escritores fueron particularmente vulnerables en esta época y pocos pudieron ver impreso algo aparte de un poema o un cuento en alguna antología.⁵ Durante los primeros años de los noventa, los jóvenes escritores permanecieron en los talleres y

4. Véase Juan Carlos Quintero Herencia, *Fulguración del espacio: letras e imaginario institucional de la revolución cubana (1960-1971)*. Rosario, Argentina: Ed. Beatriz Viterbo, 2002. Inés Casañas y Jorge Fonet, *Premio Casa de las Américas: Memoria, 1960-1999*. La Habana: Casa de las Américas, 1999. 5. La nota al lector del *Anuario* de la UNEAC, en 1994, lo explica en las siguientes palabras: “La crisis de papel en Cuba ha reducido a límites antes insospechados lo que, hasta hace poco, era su importante industria editorial... El presente anuario refleja y resume la labor realizada entre julio